

# EL RIESGO PAÍS: IR A LA ESCUELA... Y NO APRENDER

La gente hace el esfuerzo de mandar a sus hijos a colegios privados porque la educación pública cayó en manos de una dirigencia que relegó el tema educativo a último plano



Por Rubén Torres

En nuestro país, la salida de la pandemia obligará como en otros campos a repensar el sistema educativo. El escenario mundial que se avecina requerirá introducir cambios profundos en la misión, estructura, financiamiento, planes de estudio, perfiles profesionales a formar, e interacción con la sociedad de la educación universitaria. El agregado de nuevas tecnologías como la realidad virtual, el *blockchain*, la robótica y la IT a las modalidades de enseñanza más tradicionales obligará a adaptar la oferta de servicios y sus modelos contractuales, para seguir siendo relevantes para las sociedades, economías y estudiantes que forman.

Esta discusión que comenzó hace tiempo en el mundo desarrollado, sigue pendiente en Argentina, donde hace 40 años la educación universitaria era casi exclusivamente de grado, en las 24 universidades nacionales que había por entonces. Hoy hay 55 y más de 60 privadas, y el modelo clásico basado en capacitación, extensión e investigación, sin duda experimentará importantes cambios en

las próximas décadas, seguramente mayores que los realizados en las últimas: en muy pocos años, el 50% de las tareas sufrirán los impactos del *big data*, la IA, la internet de las cosas, la robotización, la biología digital y otras tecnologías, como la automatización vehicular, las impresiones 3D, las ciudades inteligentes, también afectaran el rol de la universidad.

En la docencia prestando atención a una permanente renovación de la currícula y planes de estudio, según los perfiles que requiera el mercado de trabajo, no solo actualizando programas, lanzando nuevas carreras o introduciendo cursos cortos, sino también disuadiendo o alentando según corresponda, la oferta docente.

La investigación deberá constituirse en motor permanente de las innovaciones y avances de las nuevas tecnologías en el mundo para aprovechar los recursos científicos y tecnológicos de que dispone el país o la región, y sobre todo evitar la profunda distancia que suele producirse con los países líderes evitando nuevas y más perniciosas formas de dependencia.

La universidad del futuro deberá ofrecer acceso flexible al aprendizaje en tiempo real, desde

cualquier lugar, las 24 horas, los 7 días, según lo que cada estudiante quiera lograr de acuerdo con su estilo de vida, y sus compromisos laborales.

En el mundo ya se están produciendo cambios en la gestión universitaria, con la oferta de suscripciones, en lugar de inscripciones, que permiten tomar por una tarifa mensual los cursos que se deseen, con acceso a largo plazo a asesoramiento y ayuda de tutores, así como todo lo que pueda necesitarse para mejorar la situación profesional o adquirir nuevas competencias. Además, se están considerando cambios en la forma de documentar diversos tipos de aprendizaje, a través de un registro interoperable o legajo de por vida, que consigna distintas experiencias educativas, al margen de las acreditadas en un legajo tradicional, para beneficiar no sólo a estudiantes, sino también a trabajadores y empleadores que buscan ciertos perfiles específicos de personal.

Los impactos sobre el mundo laboral y por tanto el papel de las universidades en la formación profesional, va a experimentar transformaciones inéditas en la vida cotidiana y el empleo. Pero

nada de esto será posible sin un adecuado fortalecimiento de los niveles preuniversitarios, donde hubo progresos enormes: los países más pobres, desde 2008, incorporan a sus niños a la educación primaria a la misma velocidad que los ricos y los años de escolaridad promedio de un adulto se han triplicado entre 1950 y 2010, en los de menores ingresos.

Pero ir al colegio u obtener un diploma dice cada vez menos respecto de cuanto se aprendió. Según el informe sobre el desarrollo del Banco Mundial, el 50% de los alumnos de quinto grado en la India rural no puede restar números de 2 dígitos, y alcanzar el puntaje promedio en matemáticas de los países ricos, le llevará 75 años a Brasil, lo cual de-

muestra que escolarizarse no es lo mismo que aprender. En Uruguay, los niños de sexto grado de hogares con menores niveles de ingresos fracasan en matemáticas cinco veces más que los que vienen de hogares más ricos.

Las razones de esta bancarrota educativa son múltiples y van desde el hecho de que muchos maestros y profesores comparten ignorancia con sus alumnos y que sus niveles de ausentismo laboral son muy altos hasta que los alumnos sufren de malnutrición o no tienen libros o cuadernos.

Partes importantes de los sustanciales presupuestos para la educación no benefician a los estudiantes, sino a la burocracia que controla el sistema y a su desatinado manejo. El gasto público

consolidado provincial dedicado a educación básica pasó de 1,26 % del PBI en 1980 a 3,63 en 2017. La relación entre cantidad de alumnos de colegios primarios estatales respecto de cantidad de docentes (datos del anuario estadístico del Ministerio de Educación para 2018), es de 12,4 promedio para todo el país, con provincias que prácticamente tienen una educación personalizada como Catamarca (6,1), La Pampa (8,4), Río Negro (8,4), entre otras. En la educación privada, la relación

**EN EL MUNDO YA SE ESTÁN PRODUCIENDO CAMBIOS EN LA GESTIÓN UNIVERSITARIA, CON LA OFERTA DE SUSCRIPCIONES, EN LUGAR DE INSCRIPCIONES, QUE PERMITEN TOMAR POR UNA TARIFA MENSUAL LOS CURSOS QUE SE DESEEN, CON ACCESO A LARGO PLAZO A ASESORAMIENTO Y AYUDA DE TUTORES**

duplica la observada en la escuela estatal: 24,1 alumnos por docente. A pesar del Estatuto Docente, hay una relación promedio aceptable, considerando que lo ideal es tener por aula entre 25 a 30 alumnos máximo para poder hacer un intercambio adecuado entre maestro y alumnos (el promedio europeo es 14,7). En la Ciudad Autónoma de Buenos Aires había, en 2016, más docentes interinos (43.761), que titulares (38.328), y además, se sumaban 30.218 suplentes, que representaban 79% de los titulares. Y 11.122 transitorios. A pesar de eso, en 2018, 27,1% de los alumnos de primaria se pasaron a colegios privados, de acuerdo con el boletín estadístico del Ministerio de Educación.

La gente hace el esfuerzo de mandar a sus hijos a colegios privados porque la educación pública cayó en manos de una dirigencia, para la cual el tema educativo queda relegado a último plano. Nuestro país tiene deudas mayúsculas en cuanto a metas educativas: no se cumple el mínimo de 180 días de clase fijados por ley, ni el de escuelas con jornada extendida. El ciclo lectivo obligatorio es de 14 años según la ley, pero pese a un crecimiento de la matrícula, cerca del 30% no se incorpora al jardín de 4 años y más del 50% de los alumnos que inicia el secundario no lo termina en tiempo y forma. El 70% de los alumnos que llega al último año de secundaria no puede resolver ejercicios

de matemática y muchos de ellos tienen seria dificultad de comprensión lectora, y esto es más marcado en alumnos de familias vulnerables, según las pruebas Aprender. Este es el verdadero riesgo país, y no es culpa del Estado, los sindicatos, los padres o los alumnos, sino un problema de toda la sociedad argentina.

Cuando la situación de pobreza impacta decididamente en los menores de 0 a 14 años, afecta su nutrición y daña sus cerebros, esto no es sólo un problema social, de salud pública, o de un delirio que privilegia al “trabajador de la educación” en vez de privilegiar la educación, donde el problema ya no es ir a la escuela, sino que una vez allí ya no se aprende. 